

amor propio podía en ella más que nada; y, juntamente con él, la conciencia clarísima de que Juan ya no era, no podía ser, después de tantos años de apartamiento, lo que había sido cuando la ilusión embellecía los sentimientos.

Juan sí; á medida que avanzaban las horas, iba sintiendo que se levantaba más fuerte y avasalladora la poesía de aquel amor, que parecía resucitar en su alma con la energía de antes.



XXXVI

Cuando terminaron las danzas era ya tarde, y las señoras no quisieron esperar más. Las forasteras deseaban volverse á sus quintas, y aunque alguien indicó que sería curioso ver la fiesta de pólvora, los más se negaron, sobre todo porque sabían lo que era una *cordá*, y con toda razón les infundía respeto.

— Es un espectáculo bárbaro — dijo don Wenceslao. — Disparan cohetes sueltos, y cuando no restallan bien y no hieren ó chamuscan á unos cuantos espectadores, éstos gritan que la fiesta no vale nada, que es de salvado en vez de pólvora.

Regresaron, pues, á Ronesa para montar en los coches. Apenas salieron del pueblo, Isolina, que había estado observando lo ocurrido durante el baile, creyó la ocasión oportuna para sondear á Juan.

Habíase éste apartado de Andrea, convencido de la inutilidad de sus tentativas mientras Am-

paro estuviera presente; y caminaba solo, lleno de tristeza y malhumor, desasosegado también por las dificultades mayores que preveía para conseguir al día siguiente lo que era ya para él necesidad imprescindible.

— ¿Qué le pasa á usted? — dijo Isolina de buenas á primeras, abordando de frente el asunto.

— Nada — contestó Juan con sequedad que no pudo reprimir.

— ¡Ay, amigo mío! — exclamó la solterona, sin darse por ofendida. — No valen coplas. Soy ya vieja y he visto mucho mundo... Vaya, sea usted galante; deme el brazo para no tropezar en este camino que parece una rambla.

Se cogió de Juan, quien formuló entre dientes un cumplido.

— Le he visto á usted de gran charla — siguió Isolina — con Amparo y la forastera. ¿Tendremos amor?... No proteste usted, es inútil. Andrea lo merece (digo Andrea, porque supongo que Amparo...) Es bonita, está en la edad en que dice no sé qué novelista francés que las mujeres llegamos al apogeo, y parece despejada, ingeniosa...

— ¡Pero si no hay nada de eso! — interrumpió Juan.

— No vaya usted á creer — repuso Isolina — que lo digo con retintín. Aunque soy de ordinario bromista, ahora hablo de veras. Confieso que esto trastorna algo mis planes. Quería inclinar á usted hacia Blanca; pero Andrea tiene mejor derecho, á título de paisana; porque creo que es paisana de usted.

Juan no esperaba esta salida y se turbó un poco.

— Sí... no sé... En el acento, parece.

— No, no; lo es, me consta. Se lo oí ayer á Amparo, cuando me dió la noticia de su llegada. La encontró en Levantina con su madre y una hermana menor. Son amigas antiguas y llevaban ya muchos años sin verse. Amparo se las ha traído á su huerta; pero la madre y la hermana no han querido venir á Villamar. Son gente huraña y de poco humor... Andrea es de otro modo; y como Amparo también es alegre y no se para en barras, se vino con ésta y dejó á las otras con la beata de la hija. ¡Se habrán divertido!... Conque, ya ve usted si sé cosas de ellas.

— Perfectamente; pero aun siendo paisanas mías, no veo la necesidad...

— ¡Hombre! necesidad, claro que no. Pero siempre hay mayores simpatías por los paisanos; y como los recuerdos de juventud suelen jugar en estas cosas y embellecerlas...

— ¿Recuerdos? — exclamó Juan poniéndose en guardia, porque temió haberse descubierto con alguna imprudencia.

— Recuerdos digo — insistió Isolina mirando fijamente á su acompañante, para ver si sorprendía algún gesto ó expresión denunciadores en su cara. — Lo más seguro es que usted tuviera novia en su pueblo, ó en uno de las cercanías. Aquello acabó, como casi siempre acaban los amores primeros. Pero queda la buena memoria, ¿no es

verdad que queda? Y esa buena memoria sirve para lo futuro, aunque la persona sea distinta. Así, pongo por caso, pues á él vengo refiriéndome, Andrea no fué novia de usted en la juventud...

— No, no. ¿Cómo se le ocurre á usted? — interrumpió Juan con precipitación que á Isolina le pareció sospechosa.

— Tenga calma, hombre, y déjeme terminar el argumento. Andrea no fué novia de usted; pero como es paisana de la que ocupó ese sitio, habla como hablaba ella, ó parecidamente, y hasta tiene los rasgos generales que, supongo yo, distinguirán á las aragonesas del Sur, resulta que posee más probabilidades que nadie de interesar á usted.

Salvo su interrupción de antes, Juan había sabido reprimirse y ocultar la emoción mezclada de disgusto que aquellas averiguaciones de Isolina le producían. Comprendió que trataba de sonsacar la verdad, tal vez sobre la base de alguna indiscreción cometida por él y advertida por la solterona. Puso por esto mayor empeño en cerrarse; pero su irritación iba aumentando y le ponía á dos dedos de cometer una descortesía. Venciéndose con un esfuerzo grande, echó á broma el asunto y procuró suscitar otros. Isolina, que era mujer de mucha correa, le siguió por este camino, aparentando olvidar lo hablado; pero cuando, al llegar á Ronesa, se separaron para la marcha, le dijo, como previéndole que no estaba convencida:

— Otro día hablaremos de Andrea. Por hoy no insisto. Veo que no hay quien le saque á usted

ahora una palabra del cuerpo... Pero, ¡mucho ojo con Amparo! Es mala castellana para dejarse sorprender, y más valdría, si usted se decide, tenerla por aliada.

— No será necesario, créalo usted — contestó Juan, procurando sonreirse. Pero, en el fondo, esta advertencia de Isolina, que confirmaba sus temores, le turbó hondamente.

Amparo no dejó tampoco de inquietarle, con toda intención, al despedirse.

— Tiene usted que venir un día por mi casa — le dijo. — Hemos de discutir en serio nuestras ideas; y si no es usted remolón, podrá también ver á sus paisanas y recordar el terruño. ¿No es verdad, Andrea?

Disponiase ésta á montar en el carruaje, esquivando la despedida directa con Juan. La pregunta de Amparo le obligó á detenerse un momento, vacilante, pero sin volver la cara. Comprendió que era preciso contestar algo, para no favorecer más las sospechas de su amiga que en la escena del baile había traslucido, con esa intuición rápida que las mujeres tienen para penetrarse las intenciones. Su estado de ánimo no era, sin embargo, propicio á una disimulación perfecta, de las que hacen dudar aun á los más perspicaces. Contestó, pues, vulgarmente, dejando adivinar la precipitación y la inquietud:

— Sí, sí. Con mucho gusto.

Uno tras otro partieron los carruajes, amortiguando con el ruido de su marcha las voces con

que se despedían por última vez los que se iban y los que quedaban en Ronesa. La explanada quedó silenciosa, oscura, produciendo, por contraste del bullicio que acababa de cesar, una sensación de vacío entristecedora. Todavía permaneció Juan unos minutos absorto, con la vista perdida, escuchando el tintineo de los cascabeles que sonaban ya lejos, en la carretera. A tiempo que se perdían por la distancia, restallaron, formidables, los primeros cohetes en la plaza del pueblo.

■■■■■■■■■■

XXXVII

Contra lo que esperaba, Juan durmió bastantes horas aquella noche. Su preocupación se tradujo en ensueños continuos, todos ellos optimistas y halagadores, por una reversión á los tiempos pasados que oscurecía todas las impresiones del presente. Cuando despertó, sintióse fortalecido en las ilusiones que desde el primer instante le habían provocado los recuerdos. No se preguntaba siquiera si, realmente, el amor volvía á retoñar con toda la fuerza de un sentimiento nacido en la juventud y despertado en los momentos más críticos para el hombre: cuando apenas se atreve ya á llamarse joven y ve el fin próximo de esta edad de la vida. Dejábase arrastrar sin resistencia por el encanto intelectual del recuerdo mismo, cediendo á su poesía, engañadora las más de las veces, concediéndole mayor virtualidad de la que tiene en rigor, y afanoso por agotar el proceso entero de sus consecuencias. Sin comprender que

fuese así, en el fondo lo que sentía Juan era la impaciencia, tan frecuente en los jóvenes, de experimentar sus deseos, de probarlos en la realidad y en la práctica, antes de estar seguro de su consistencia y de su valor; era el afán de la acción, que se sobrepone á todo en la juventud y que explica muchos de los fracasos de ésta.

Puesto ya en semejante tensión, Juan rechazó los escrúpulos y miedos del día antes. Era preciso ver á Andrea, de cualquier modo, fuese como fuese, y tener con ella una explicación á solas. No le importaba ya que se enterasen Isolina, Amparo, el mundo entero. Lo importante era verla, hablarla, no sabía bien en qué medida y con qué criterio, porque todo intento de plan se le desvanecía apenas formado, en una vaguedad de pensamiento irreductible; pero hablarle de su amor, de la felicidad gozada, haciendo revivir el tiempo pasado. El resultado de esta conversación no le preocupaba ni aun podía pensar en él, no estando cierto de su propia actitud. Iba á la ventura, fiando en las consecuencias naturales de los hechos tal como la visión del pasado se los hacía ver; apeteciendo por lo pronto, únicamente, la entrevista, la emoción turbadora de hallarse de nuevo frente á frente de aquella mujer que había sido todo su encanto en un período imborrable de la vida. Había perdido toda su prudencia, la discreción que siempre guiaba sus actos. Quería satisfacer su deseo del momento; quería dar rienda suelta al ensueño poético que le embargaba; y este

querer, enérgico, brioso, incontrastable, se sobrepone á toda reserva reflexiva. Aun teniendo seguridad de su fracaso, hubiese ido. La inquietud de su alma empujábale, con el señuelo de un reposo inasequible de otra manera, al cumplimiento de lo que apetecía.

Sin decir nada á nadie, apenas almorzó encaminóse Juan hacia la quinta de Amparo, lindante con la de Isolina. Según el tipo común de las haciendas de Levante, la de la viuda consistía en una casa habitación para el dueño; otra, pequeña, para los caseros; un jardincito cerrado por muros y cañizo, y tierras de labor no muy numerosas (porque el desgobierno de Amparo había ido disminuyéndolas poco á poco) y sin más separación con las vecinas que las acequias de riego ó los márgenes de tierra apisonada con el azadón. Por uno de sus lados, esta parte de la hacienda venía á lindar con el bosque de pinos perteneciente á Isolina. Pensó Juan que éste sería el mejor punto para acercarse á la casa de Amparo y espiar las entradas y salidas de los que la habitaban. Su deseo de ver á Andrea era tan vivo, que se le convertía en esperanza de que ella saliese de paseo, sola, de manera que él pudiese hablarla con toda comodidad. Recostóse en el tronco de un árbol, que le ocultaba en gran parte, y esperó. La mañana era fresca, algo nubosa, con rápidos contrastes de sombra y de luz, de tonos grises y desgarraduras azules en el cielo. El campo amarilleaba, en unos sitios por bajo de los árboles que iban perdiendo la hoja,

dibujando en negro hasta los perfiles más finos del ramaje; en otros, los terrones removidos y las superficies resquebrajadas del barbecho y las rastrojeras tomaban un tono oscuro, que contribuía á producir esa sensación de tristeza amable, característica del otoño y propicia á la meditación. En medio de la nota gris dominante, el verde blanuzco de los olivos parecía haber ganado en intensidad, y el grupo de los pinos adquiría un relieve enorme en su verdor aterciopelado.

No necesitaba Juan de estas excitaciones para entrar en sí mismo, ni aun se daba cuenta de ellas. Vivía entonces exclusivamente para una idea que, según iba pasando el tiempo, se adueñaba de él más y más, excitada por la impaciencia de la espera que es, como el insomnio, una gran removedora del pensamiento. Los minutos pasaban, lentos, perezosos, llenos de sobresaltos, porque de continuo creía oír Juan pasos y voces que se acercaban. Hacía unas veces por dominarse, deteniendo el movimiento espontáneo que le llevaba á mirar afanoso hacia el mismo sitio donde poco antes había mirado, diciéndose que no habría nada, que aquellos ruidos eran pura figuración de su deseo; otras veces, cedía el afán y buscaba ansioso, dando forma á sus imaginaciones sobre la base de un accidente cualquiera del terreno, de un revuelo de hojas, de una ventana que se abría, haciendo brillar los cristales. Y como pasa siempre que domina la inquietud, traducándose en movimientos continuos, febriles, le sorprendió de pronto la apari-

ción de alguien que llegaba ya muy cerca sin que Juan lo hubiese advertido. Pero no era Andrea, sino Isolina, que avanzaba sonriendo, con aire de triunfo.

— ¡Tengo yo unas corazonadas! — dijo alargando la mano á Juan. — Desde anoche estoy viéndole á usted venir... He soñado con ello.

— No creí que le preocuparía á usted tanto — contestó Juan no sabiendo todavía cómo tomar la cosa.

— ¡Ay, amigo! Olvidaba usted el gran vicio, ó lo que sea, de las mujeres: la curiosidad.

— Pero curiosidad, ¿de qué?

— ¿Todavía se empeña usted en hacerse el bobo?... Vaya; juguemos á cartas descubiertas... y véngase un poco más acá para que no nos vean desde casa de Amparo. Usted viene por Andrea. ¿No?

— Sí—dijo resueltamente Juan, comprendiendo que con Isolina era mejor ser franco desde luego.

— ¡Gracias á Dios, hombre! Así me gusta. Le confieso á usted que tengo el flaco de las confidencias. Debe ser cosa de la edad y de la soltería — exclamó ella recobrando el tono alegre y burlón que era su preferido. — Pero no voy á ser exigente. El tiempo apremia y necesita usted andar listo.

— ¿Y eso? — preguntó Juan algo alarmado.

— Una mala noticia. Acabo de saberla por una criada de Amparo. Se marchan hoy mismo.

— ¡Se marchan!

— Ni más ni menos, y usted debe saber por qué. Me figuro que en todo esto hay algo muy complicado y curioso. Ya me lo dirá usted otro día. Ahora cumplo mi deber de amistad avisándole. Precisamente le vi á usted venir hacia el bosque desde la ventana del comedor, en el momento en que acababa de saber eso que digo.

La noticia había sorprendido mucho á Juan, y con la sorpresa, germinaba en su espíritu una sorda irritación contra aquella mujer que le huía; contra Isolina que se mezclaba en cosas ajenas, y contra sí mismo, que tan ridiculamente se ofrecía como pasto á la curiosidad de las gentes. Dió algunos pasos sobre la alfombra escurridiza de hojas secas y se paró de nuevo, mirando vagamente hacia la copa de los árboles.

— ¿Qué va usted á hacer? — preguntó Isolina.

— No sé, señora. Presumo que nada, que no podré hablar con Andrea.

— ¿Quién sabe?... ¿Por qué no va usted á casa de Amparo?

— No, eso no. De ningún modo.

— ¡Entonces! ¡Como no haga usted salir á Andrea al balcón por medio de una mandolinata, como los trovadores de teatro! Pero eso tiene el peligro de que se entere el público.

Juan callaba, cada vez más contrariado.

— ¿Cuándo marchan? — preguntó al fin.

— Creo que esta tarde, después de comer, para ganar el tren mixto de la noche. Supongo que Amparo hará una escapada para contarme pormenores.

Hubo un nuevo silencio, que Isolina cortó de pronto, diciendo á Juan en voz baja:

— Ocúltese tras ese tronco si no quiere que le vean. Amparo acaba de salir de la casa. ¡Si conoceré yo á la gente! Por fortuna, toma por otro camino, para entrar por la puerta del jardín. Creo hacerle á usted un favor marchándome... Adiós, y buena suerte.

Se echó á reír, y alargó la mano á Juan, diciendo:

— No me guardará usted rencor porque haya descubierto su secreto ¿eh?

— Todo lo contrario — contestó Juan.

Y en efecto, la irritación que había comenzado á sentir hacia aquella mujer que así se mezclaba en sus asuntos más íntimos, fundíase al calor de la franqueza afectuosa con que Isolina se hacía perdonar todos sus actos.

■■■■■■■■■■